

Cultura a la contra

Va de retro

Nos invade una ola de antigüedad. Todo va de retro, todo se recupera: los comentaristas musicales, y muchos de los cinematográficos —y, por lo visto, también los sociólogos, los estudiosos de la literatura y demás creadores de gestos y rituales culturales—, nos imponen de continuo renacimientos, redescubrimientos, exhumaciones de cadáveres que, por lo general, habían ya bastante cuando los enterramos. Parece que la imaginación y la inventiva hayan desaparecido en casi todos los campos de la vida. Otra cosa es que los pueblos recuperen su historia y su memoria, y que haya —por ejemplo— un boom de temas referentes a nuestra guerra civil; esto tiene una explicación, y es derecho de un país a quien se ha falseado o escamoteado su verdadera biografía, el volver a plantársela con datos más veraces que los hasta ahora manejados.

Lo que ya no es tan normal es que los jovencitos se enamoren de pronto de Ava Gardner —o de Elvis Presley, que tanto da—, y se disfracen (muy mal) de rockeros o de estrellas de los cincuenta. "Estrella de los cincuenta" es, por cierto, el título de uno de los guitarristas más válidos y sexys de nuestro país, Salvador, que cede también a esta mitificación de lo podrido y muerto; y estrellas de los cincuenta sesenta aparecen en las películas de más audiencia entre los jóvenes, "Grease" y "Locos por ellos".

Tampoco es normal que algunas emisoras de FM, precisamente las que parecían más modernas, progres, pasotas, etcétera, se descuelquen ahora con un bombardeo continuo de hits antiquísimos, y nos cuenten otra vez lo del hasta luego cocodrilo, y nos pidan que no les pisemos sus zapatos de ante azul. La imaginación, por lo visto, no ha tomado el poder, pero el poder sí se ha apoderado de la imaginación. El poder ha asimilado la cultura rock y todos esos valores que entenderíamos como contracultura; se los ha tragado la gran industria y las multinacionales, y se han perdido para siempre. Porque ni la industria ni el poder tienen imaginación: son grandes aparatos digestivos que se limitan a tragar y a defecar. Lo que ahora sufrimos es el producto de sus defecaciones.

El snobismo ha sido siempre un valor cultural importantísimo: ha permitido la difusión de nuevas sensibilidades, de nuevas corrientes de arte, pensamiento y costumbres. Y ahora anda el pobre de capa caída. Ya nadie puede ser un dedicado seguidor de la moda, como en la canción de los Kinks, porque ya no se siguen más modas que las de hace veinte o treinta años. Y todo se nos va quedando viejo y se nos pudre en las manos. Hay que reflexionar: lo que considerábamos bueno no lo era en sí, sino porque pensábamos que iba a dar paso a algo nuevo, que no iba a ser eterno y perdurable; la moda era algo efímero, algo contradictorio consigo mismo, como todos nosotros; era un invento romántico, hermoso y siempre vanguardista. Y ahora resulta que nos obliga a repetir viejísimo y putrefacto clichés de modernidad ya muerta, y que ser snob consiste ahora no en imitar a divertidos creadores de cosas nuevas, sino a imitadores con cara de enterrador en domingo. La historia va de retro, y esto es grave: se empieza por amar a Presley, y se acaba idolatrando a Mussolini. Espero que, a pesar de todo, en algún lugar haya gentes que estén inventando algo nuevo. No importa lo que sea, o que resulte bueno o malo; la calidad vendrá después. Pero, por favor, que nos saquen de la muerte en vida de la repetición. ■ EDUARDO HARO IBARS.

en el montaje de Vicente Sainz de la Peña— es obvia; si, con arreglo a la moral establecida, los dos hermanos son inicialmente los réprobos, la crueldad de los restantes comportamientos —comenzando por la de un cardenal— va alterando el esquema, hasta llegar a hacer de aquéllos dos víctimas. A fin de cuentas, vendría a decirnos Ford, ellos son fieles a su pasión hasta la misma muerte, mientras a su alrededor se multiplica la deslealtad y la venganza.

En España tenemos dos grandes textos, "La lozana andaluza" y "La Celestina", que nacen de una misma necesidad de subversión erótica del orden vigente, aunque tanto Delicado como Rojas procuraran enmascarar de pretensiones moralizantes la formidable descarga vital que son sus obras. Nada ha de sorprendernos, pues, que el talaverano —en Talavera vivieron Rojas y el Arcipreste de Hita— Juan Antonio Castro, al escribir la versión castellana de la obra de Ford haya sentido la necesidad de incluir una serie de homenajes —de Rojas a García Lorca— con los que subrayar el sentido último del drama: la exaltación del amor prohibido, la rebelión del eros frente a la civilización.

Yo no sé hasta dónde el público del Martín es mayoritariamente consciente de ese sentido último de la obra y de la época

en que fue escrita —y bastaría ver cómo el autor trata el tema de la muerte y acumula sin empacho los cadáveres para pensar de inmediato en Shakespeare— o hasta dónde se queda perplejo ante la obscenidad de la obra, tomándola como una expresión más de nuestro desmadre democrático. La asociación —estimulada por tantas plumas y voces de la actual extrema derecha— entra dentro de las cotidianas manifestaciones de nuestra ignorancia nacional. Y, en este caso, tal vez conduce a la pérdida definitiva de la perspectiva cultural que hace de "Lástima que seas una puta" una obra sorprendente.

Probablemente, el montaje del Martín no ayude demasiado a sentir el "peso" histórico que es hoy inseparable del interés profundo de la obra. Es un montaje que va derecho a contarnos la anécdota, sin llegar a crear esa atmósfera, a la vez refinada y artaudiana —pocos personajes teatrales han vivido como estos de Ford sin esperar a que la peste desvele al fin los deseos más escondidos—, lírica y cruel, donde el amor de los hermanos es muchas veces el contrapunto positivo. En alguna medida, al director le ha pasado un poco lo que ya le sucediera en "Fuenteovejuna": que ha renunciado a la "expresión" espectacular, sin que, por otra parte, el reparto le permitiera

"Lástima que seas una puta", de John Ford. En la escena, Mari Paz Ballesteros y José María Guillén.

